

ENTRE DOS ÉTICAS

Vivimos con dos morales, o dos éticas, o, si se quiere, dos sets de valores: la ética religiosa “bíblica” y la ética laica “humanista”. Son tan antiguas, o casi, la una como la otra. Ambas hacen referencia a una ética “natural”, aun cuando la interpretan de manera diferente. En muchos aspectos, ambas éticas coinciden; en otros, se oponen; en general coexisten. Lo que las diferencia, en profundidad, es el origen que se atribuyen. Para los que tienen fe, la moral de la Biblia, la moral de la tradición judeo-cristiana, viene de Dios: es “heterónoma”: es una moral dada por Dios a los hombres, desde fuera, desde arriba. Los que no creen en Dios, o simplemente estiman que los hombres somos capaces de darnos una ética de acuerdo con nuestra naturaleza y nuestra cultura humanas, rechazan la moral bíblica, no por su contenido –que en gran parte aceptan por su valor intrínseco- sino por pretender ser de origen divino. Y se esfuerzan en crear una ética “autónoma” elaborada por los hombres para los hombres.

Son casi tan antiguas la una como la otra. La “tradición-cristiana” se remonta a Abraham, que vivió, al parecer, hacia 1750 AC, hace casi 4 milenios. La ética “humanista” es tan antigua como la filosofía. Platón y Aristóteles, los estoicos y los epicúreos, Buda y Confucio eran moralistas, varios siglos antes de Cristo y al margen de toda influencia judeo-cristiana. Pero mientras el origen divino de la ética bíblica le asegura cierta estabilidad –sin perjuicio de que se vaya adaptando a las circunstancias- el origen puramente humano de la ética filosófica o humanista, le permite evolucionar según las circunstancias de la vida y de la cultura, sin una base firme que no sea la naturaleza humana, o la idea que el moralista se haga de ella.

Las dos éticas no son necesariamente antagónicas: la naturaleza humana es una sola. El hecho de que Dios le haya dado a los hombres una ley moral –los 10 mandamientos, las bienaventuranzas- no va en contra de

la naturaleza humana de la cual es el creador. Y cuando los hombres, independientemente de Dios, se dan su propia moral, coincide muchas veces con la moral de origen divino, ya que, creyentes o no creyentes, son todos creados por el mismo Dios, a su imagen y semejanza: así por lo menos ven los creyentes a los no creyentes.

La ética “humanista” ha hecho progresar la conducta humana en muchos aspectos, que no contradicen en nada con la ética bíblica, sino que la actualizan: clarificación y defensa de los derechos humanos, especialmente de las mujeres, de los niños, de los ancianos, de los enfermos, de los discapacitados, de los encarcelados, de los vencidos; establecimiento de la democracia; limitación de los abusos de los poderosos en contra de los débiles. Pero tiende a ser demasiado condescendiente con los deseos humanos, con los instintos, las pasiones, los vicios, llevando a un relajamiento de las costumbres o a la aceptación de injusticias, lo que crea a veces graves problemas.

La ética “bíblica” por su parte, mantiene la firmeza de los principios y aclara su aplicación a las nuevas circunstancias de la vida moderna. A veces las complejidades de la vida, la rapidez de los cambios, los avances de la ciencia y de la técnica complican su tarea ya que el contexto social y cultural de hoy es muy diverso del de la Biblia. Pero los pastores judeo-cristianos se esfuerzan por mantenerse fieles a los principios bíblicos y adaptarlos a las circunstancias nuevas.

Ambas éticas deben conocerse y comprenderse mutuamente. La ética bíblica es un tesoro de la humanidad, también para aquellos que no creen en su origen divino. Ha educado al mundo cristiano occidental durante 2.000 años; ha sido vivida en forma admirable por los santos. La ética humanista ha tratado de poner orden en la conducta de quienes sin tener fe en Dios, quieren ser justos y obrar bien y es sensible a los cambios culturales que se producen en el mundo, entre otras causas por los progresos científicos y técnicos de aceleración continua. Una colaboración

entre eticistas de ambas corrientes tiene que ser muy provechosa para la humanidad actual. En caso de discrepancia, el creyente seguirá siendo fiel a su ética de origen divina: “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” dirá como los apóstoles ante el Tribunal Romano. En muchos casos se logrará una coincidencia y aunque no se logre, ambos se habrán enriquecido al esforzarse en comprender la postura del otro.

Para el médico, el problema ético se complica. Por una parte debe ser fiel a su conciencia, a su propia ética y, si es creyente, a su ética de origen divino. Pero debe también respetar la ética de su paciente, que no siempre coincidirá con la de él y, sobretodo, está metido en el conflicto ético general de la sociedad, en el cual participa activamente ya que su misma profesión lo habilita para tomar y ejecutar decisiones de gran trascendencia ética: puede practicar o negarse a practicar un aborto, colaborar o negarse a colaborar en un acto de eutanasia, aconsejar o desaconsejar el uso de un anticonceptivo... En su actuación en este campo, podrán servirle las recomendaciones de este artículo: oír a todos, respetar a todos, actuar de acuerdo con su conciencia.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena

Doctor
Esteban Parrochia,
Hospital San Juan de Dios,
Fono.: 232.1975